

LA VOZ DEL LABERINTO

LUIS TARRAFETA

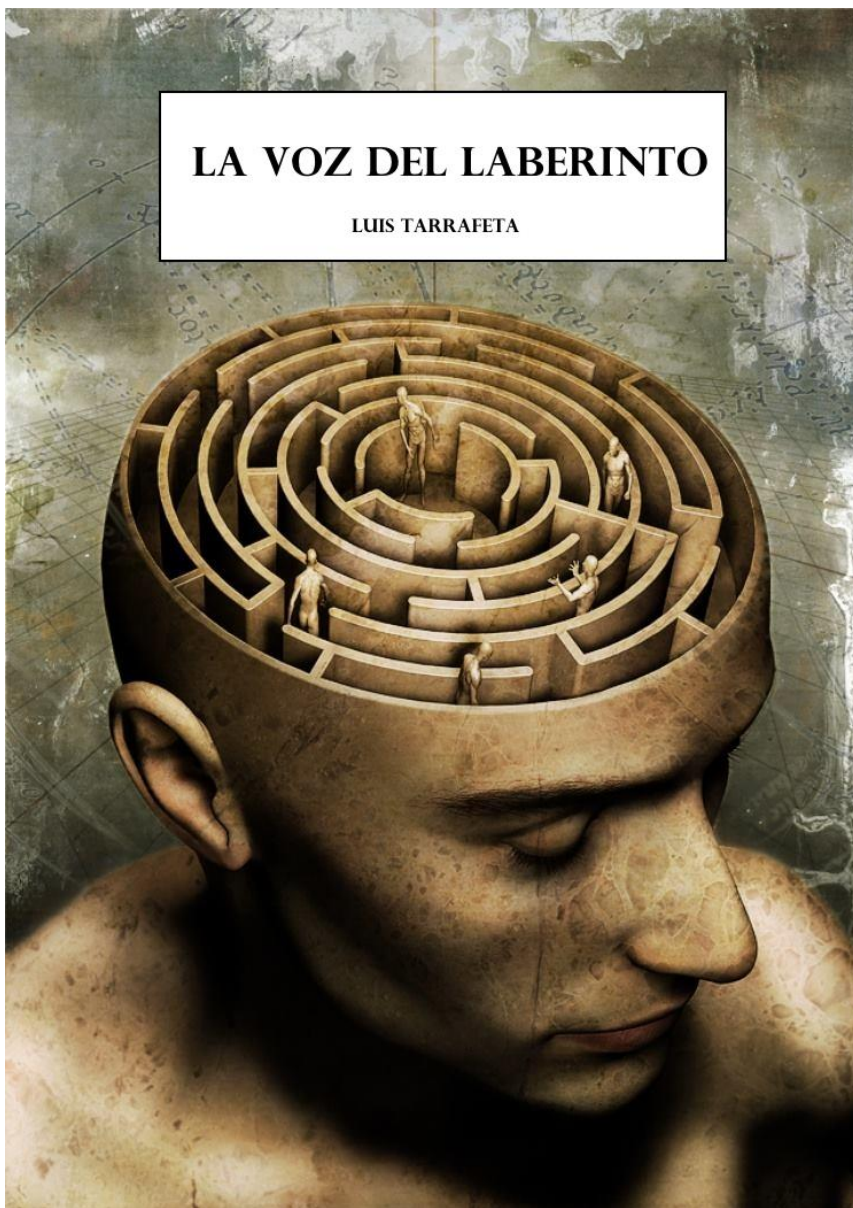


Imagen de portada:

Elaboración de snugsomeone basado en un trabajo de Mark Mayers

<http://snugsomeone.deviantart.com/art/Labyrinth-111756988>

Prólogo

Eres mi público si...

Voces

Mentalés

Yo somos muchos

Laberinto Membranoso

Miedo I

Recuérdalo

Pareidolia

El vaso

Tampoco esta noche

No se lo digas a nadie

Sígueme

La élite y tú - poema interactivo

Laberinto Óseo

Miedo II

Está ocurriendo

Rutinas

Y justo ahora que llueve

Naturaleza de las dudas

Estacionario

Ley de vida

Epílogo

Ulterior

laberinto

Del lat. *labyrinthus*, y este del gr. λαβύρινθος *labýrinthos*.

1. m. Lugar formado artificialmente por calles y encrucijadas, para confundir a quien se adentre en él, de modo que no pueda acertar con la salida.
2. m. Cosa confusa y enredada.
3. m. Composición poética hecha de manera que los versos puedan leerse al derecho y al revés y de otras maneras sin que dejen de formar cadencia y sentido.
4. m. *Anat.* Parte del oído interno.

Prólogo

Eres mi público si...

Te escuchas hablar ahí dentro.

Algunas veces,

hablas escándalos.

Si te oyeran, no podrían quererte.

¿Cómo amar a ese ser desaprendido, de apetencias animales?

A esa ratilla angustiada.

O la crueldad.

Los demás, en tu mente, conforman un espejo despiadado. No hay soledad ni intimidad que te sosiegue.

Vale más hacer como si no. Mirar para otro lado. Si no sabes silenciarte, al menos, no atiendas.

Para no reconocerte solo en esta anomalía

de ser tú.

Voces

Mentalés

I

espuma de palabras
se manifiesta
en esta orilla

algo así como un idioma

por un momento
se sugieren
se deslizan
sobre la superficie

neta
del misterio

para
continuamente

desdibujarse

siempre

precipitándose
hacia cada una

de sus nadas

II

pero a veces
los iris se hacen islas

arrecifes
de minúsculas calmas
en tormenta

cuando
el significado persiste
en las mareas

mecido
en el baile
de la no-síntesis

Yo somos muchos

- No hay soledad -

Al pensarte, diverges. Tu consciencia toma cuerpo de otredad. Incluso en tu más íntimo aislamiento te construyes en propia compañía.

Podrás no pretenderlo, percibirlo apenas, pero ahí estáis. Nos disociamos. Como un silencio audible, contra tu voz de oído interno, estableces un diálogo de ecos. Con ése yo que es también tú visto de fuera. O acaso seáis, él y tú, un nosotros volátil entre el entonces y el luego.

Tal vez os toleréis la mayor parte del tiempo.

Pero el conflicto existe.

Y eres tan gilipollas de ponerte normas y juzgarnos.

Lo que debiste hacer. Aquello a lo que quisieras obligarte en el ahora y para siempre. Te increpas, parapetándote en excusas que edifican a su vez acusaciones, que se derrumban, a menudo, contra todos. Y entonces os odiáis.

A veces, yo también te odio.

Cuando desprecias la inocencia y las miradas limpias y esa capacidad de reconocer carencias. -La vergüenza-.

Y, si hay suerte, habrá un solo ganador que haga gobierno. Y, si hay sabiduría, tal vez encontréis manera de acomodar recuerdos e intenciones, llorar por algo, contar una historia de final abierto.

Si no podemos saber quién eres, sed al menos capaces de narrarme.

-Ni intimidad-

$$i\hbar \frac{d}{dt} |\psi\rangle = \hat{H} |\psi\rangle$$

(Erwin Schrödinger)

Porque existen, a su manera, las palabras.

Una presencia externa, un observador, os alinea. Vuestras identidades colapsan. Pero sigues siendo un ser complejo.

Luego ningún diálogo se restringe a dos personas. Estáis tú. Están los ajenos. Y el tú y el otro para ti. Y el tú y el otro para el otro en confusa asamblea tras cristales deformantes.

Requieres siempre aprobaciones. El más exigente, el más odioso, eres tú para ti. Crees -y estás en un error- que si convences a tu reflejo, convencerás al otro.

A menudo, sin embargo, no es así.

Y qué fracaso inexplicable. Qué frustración y desconcierto.

Laberinto Membranoso

Miedo I

“Eres invulnerable.”

(Jorge Luis Borges)

Eres invulnerable.

A ti, no te alcanzará esa guerra, te respetarán la estadística y la esclerosis múltiple. No estarás nunca en aquel coche, ni perderás los nervios. Nacerás siempre en primer mundo y masticarás bien cada bocado.

No encontrarán tu cuerpo abandonado.

Será sólo una mancha en la piel. Las olas barrerán pueblos lejanos y la tierra se abrirá bajo los pies de los descalzos. Nunca un descuido, un accidente, perder la voluntad de vida. La maceta permanecerá estable en su cornisa. Y el SIDA será demasiado castigo por tan solo esa noche.

Además, qué sabrán ellos, si tú controlas.

La vejez, no llegará. Podrás, cuando les toque, fascinar tu mirada contra la llama que se extingue lentamente en los demás.

Solo en los demás.

Al fin y al cabo, todos los que han muerto hasta ahora, han sido

siempre

otros.

Recuérdalo

¿Lo recuerdas?

Debías tener unos seis u ocho años cuando te asaltó la duda. Es algo que se sabe desde pronto: nadie guarda recuerdo de su propio nacimiento. Ni siquiera de sus primeros años de vida. Así que, ¿cómo podías tener la certeza de que tus padres fueran en realidad tus padres? ¿No podían haberte arrebatado?

Haz memoria.

Eso explicaría su crueldad, las riñas y todo ese montón de obligaciones tontas. Es que no te querían lo suficiente. Porque no eran tus padres, claro. No podían serlo.

¿Qué me dices? ¿Lo recuerdas?

Y entonces, si aquellos dos adultos eran de pronto unos extraños, ¿qué había sido de los tuyos, los legítimos? ¿dónde estaban? ¿quiénes eran? Seguro eran mejores que ...ese par farsantes.

Tal vez fueran millonarios, o mejor, magos. Capaces de colmarte de satisfacciones. ¿Quizá estuvieran aún buscándote, desesperados, por el mundo? Porque, de seguro, no te habían olvidado.

Espera.

No. Eso sí que no. No podían haber...

Por eso, a tu edad, tan dependiente, sólo te quedaba guardar el secreto. Y que aquellos dos impostores no detectaran tus sospechas. Se hacía necesario prestar atención, fijarse en los detalles, en cada posible pista que, sin querer, pudieran darte sobre tu verdadero origen. Algún día serías mayor para buscarlos.

Recuérdalo.

Pareidolia

Eliges prestarle atención.

Concentrarte en ella como si fuese la primera que encontraras en tu vida.

Hacer de ella no una más. Para nunca ya un elemento amorfo del concepto -mosca-, de la población -las moscas-, del incordio -una mosca-. Habrá muchas, pero ésta es una. Específica, concreta, recorriendo el vello de tu antebrazo y cómo se amplifican las cosquillas.

Recorres las vetas de sus alas. Las sedas sensoriales de su tórax y esa estructura, como en escamas, de su abdomen. Resulta inútil buscar una expresión en su máscara de ojos compuestos. Pero hay algo en su forma de succionar que asemeja a un mamífero. Esa trompetilla de goma latiente, minúsculo oso hormiguero.

Sus movimientos, sin embargo. Esos espasmos precisos, casi digitales, con los que limpia sus alas, con los que frota sus patas diminutas. Ahí está aquella persona que te gustó tanto durante poco. El nervio de su pulso y el café y el cigarro.

Con simple ejercicio de proyección antropomórfica dotas de personalidad al insecto. Ya no será nunca una más del concepto-población-incordio. Has elevado a esta mosca de entre todas las moscas.

Ajena a todo, ella continúa el recorrido casi ciego de tu brazo. Progresando entre tu pelo, succionando. Y, la verdad sea dicha; en tanto que mosca, sigue siendo bastante repugnante.

El vaso

Sin duda es legítimo preguntar cómo lo ves. Si medio vacío o medio lleno.

Podrías también cuestionarte de qué lo está. O cómo querrías que estuviese, si así esperabas encontrarlo, qué explica su actual estado y si éste es estacionario o transitorio. Por supuesto cabría identificar el material del recipiente y las condiciones de su entorno. Prever entonces qué ocurriría en caso de chubasco, ¿está a cubierto? ¿O a la sombra? ¿Cual será, previsiblemente, su ritmo de evaporación? Podrías valorar cuánto sacarías por él. Y, en ese caso, plantearte si es necesario preservar su integridad, por ejemplo, ante un hipotético balonazo del hijo del vecino, el de rodillas peladas. O si, por el contrario, nos es indiferente, incluso ventajoso, que se haga añicos y encontrar por fin la excusa para tirar los últimos restos del lote, que además están ya muy rallados, y comprarse unos nuevos un poco más monos. Tal vez, nada te lleva a afirmar lo contrario, el ínclito vaso esté flotando en la atmósfera de Júpiter, se trate de un ser vivo, disponga de funcionalidades autorrefrigerantes o de una cierta e inexplicable capacidad para la absorción de rayos gamma. Ah, o que cure enfermedades, como ese prurito tuyo, en todo punto invivible, aunque esté -medio vacío o medio lleno- de placebo.

Importante, sin duda, es cuán importante es para ti la respuesta a cada una de esas preguntas.

Cómo te aporta sentido -a ti- el puto vaso.

Tampoco esta noche

Tampoco esta noche.

Nadie ha recorrido con sus dedos

los rasgos de tu cara.

Nadie los ha hundido en las raíces de tu pelo.

Nadie te ha mordido los labios.

Has salido para nadie.

Y al llegar a casa, cierras los ojos para que el cuerpo sin rasgos te recorra. Son sus manos las tuyas entre tu pelo erizado. Y acallarás el grito mordiéndote los propios labios para nadie.

No se lo digas a nadie

Para.

Vuelve.

Todas esas personas, a tu alrededor, te están dedican sus cinco minutos de compasión y escudriñando. Necesitan una etiqueta que poner a tu dolor. Por saber. Y por si les preguntan.

No sabes de dónde te vienen esos pensamientos frívolos. Pero ahora toca dispensar variantes de las mismas frases a todo el que se acerque.

¿Como puedes permitirte traer cosas así a momentos como éste? ¿Ahora que tu mundo, lo que había estado siendo, no volverá ya? ¿Es que no sientes respeto?

Tu consciencia, sobresaltada, busca el foco de sufrimiento. Sumergirte en él. Tensar tu entendimiento hasta abarcar todo el sentido del instante.

Vuelve a la gravedad.

Pero no. Tu cerebro, esa mascota, vive el ahora. Y ahora, tras el olor de una colonia, te susurra un recuerdo de sexo crudo y...

¿Han llegado las flores de la prima?

Vuelve a cuanto se te supone.

Vuelve a la exhibición social

de tu dolor.

Sígueme

al fin y al cabo
somos
las decisiones que tomamos y
no te engañes

acerté

haz lo que yo
no me cuestiones

te digo esto
porque te conviene

quizá también a mí
me reconforte
por qué negarlo

para cuando esas noches
de domingo y duda

¿quién está libre de eso?

pero al final
de tanto y todo

no te arrepentirás

puedo jurarlo

no me cuestiones

mira si no

a esos otros

pobres

cómo andan

mucho de esto y aquello

sí pero

a qué precio

con qué carencias

¿es la vida acaso eso?

¿a esta edad?

sé más inteligente

anda

y no nos dejes solos

al avanzar

que no deslizarse no

que no huir

ojo

te lo estoy

pidiendo

porque te conviene

soy

las decisiones

que he tomado

no me pongas

en cuestión

La élite y tú - poema interactivo

“Venden los dioses lo que dan”

F. Pessoa

Tú no eres como el resto.

Algo te hace especial, te distingue de esos casi todos

y te hace parte de un grupo de escogidos que

<SELECT>

<tienen clase /

sienten el arte /

están comprometidos con la causa /

son ellos mismos /

demuestran gran pericia /

sacan el máximo de su cuerpo /

poseen gran inteligencia /

caminan su espiritualidad /

dominan un área de profundo conocimiento /

crean /

no pierden el sentido del humor /

se entregan por los suyos /

sufren y gozan de auténtica sensibilidad /

viven al límite /

saben relacionarse /

albergan un enorme potencial /

conocen la verdad /

aman >

En definitiva, tú

<INPUT TYPE>

<tienes /

eres /

sientes /

sabes /

haces >

de manera especial.

-¿Acaso hay algo más?-

Y eso, claro está, te hace diferente. Te hace élite.

La tuya propia.

Como a todos.

Por cierto...

¿Te diste cuenta ya

del contrato que firmaste?

¿De que a aquello que te eleva

le debes servidumbre?

Sacrificarás vigiliás
recursos
personas
contra aquello que te es identitario.

Un justo precio a pagar por construirte
a imagen y semejanza
de ese tú
que esperas que, tal vez,
te sobreviva
un tiempo.

Poema Interactivo en: <https://luistarrafeta.com/2014/08/07/la-elite-y-tu-poema-interactivo/>

Laberinto Óseo

Miedo II

“Hay golpes en la vida, tan duros, yo no sé”.

(César Vallejo)

En realidad, no existe motivo alguno para que no te pase a ti.

Hoy lo sabes.

Cualquier drama de nota en diario, comentario de vecinas con voz horripilada y el estupor que alberga una vaga empatía y un pordiós, tal vez, a modo de amuleto.

¿Por qué a ti no?

No te engañas. Lo máximo que puedes pedirle a la vida no es realizar aspiraciones, sino que no te alcancen los *golpes como del odio de dios*.

Más triste aún. No puedes ni pedirlo.

¿Quién habría de escuchar tus súplicas?

Solo queda confiar en que, quién sabe si por capricho estadístico, quedéis libres tú y los tuyos durante un ciclo de vida. Que las muertes lleguen en el orden aceptable.

A veces, expresas tus miedos en voz alta. A veces, piensas, “si lo digo no ocurre”.

Pero de igual modo podría ocurrir. Hoy lo sabes.

¿Por qué a ti no?

Sigue pidiendo una llamada al llegar a destino, sigue agarrándote a tu parte en los detalles y a sagrados o paganos talismanes.

Cualquier instante -cualquiera- contiene el potencial de lo impensable.

En la lejana omnipresencia de los medios, escucharás mil veces al idealizado alcanzador de metas. Las narrará como si fueran todas inevitable resultado de su visión y su trabajo. Qué puto idiota.

Habrás aprendido a bracear en aguas calmas, tal vez. Pero no ha nacido el nadador que

imponga su voluntad a la caótica turbulencia de una mar embravecida. Y el pobre parece ni saberlo. Hasta crees que es feliz.

Pero tú no.

Tú hoy sabes por qué no.

Está ocurriendo

No durará.

Su naturaleza es fluir. Pero, como por retenerlo, extiendes tus sentidos, potencias -conscientemente- tu memoria. Si no ha de sostenerse, quieres al menos poder volver. Atesorar refugios. Espacios resilientes.

Conoces bien la sensación. Va contigo como un rasgo de carácter. Hace mucho, incluso la compartiste con un nombre: nostalgia del momento presente.

Sin embargo, de alguna forma, se pierde intensidad en el proceso. Buscar la perspectiva es asomarse desde fuera. Podría ser muy arriba o lejos. Y corres el riesgo de extraviarte. De no poder volver a tiempo. No saber ya nunca si el espacio conservado es organismo o artefacto.

Pero uno ha de identificarse en sus renunciaciones.

Y entonces, sí,

serenidad.

Rutinas

Apenas puedes intuir cuánto has perdido. Porque ¿cómo tasar la magnitud de lo olvidado?

Aquel momento -tan cargado de sentido- palideció, hace ya tiempo, ante el reclamo constante del presente. Con qué gravedad te decías, *hoy es el último día que recorreré esta calle, que tomaré este metro, que compartiré el café del martes, que sufriré estas despedidas.*

Qué afectación inútil. Qué almacén de lugares que no visitarás ya nunca. Qué desfile de fantasmas sin rostro.

Todas las rutinas que escogiste y escogiste abandonar.

Tus pupilas dispararon un millar de instantáneas con voluntad de perdurar. Pero esa memoria tuya no entiende, no acepta imposición de prioridad, no custodia cajones polvorientos y ya está bien y que así sea.

No.

No recordarás siquiera las palabras quedas de aquella noche, cuando alcanzaste a confinar el mundo en una leve burbuja de luz tenue.

Acepta al fin que le perdiste la batalla a la inmemoria. Que de esta conspiración has sido víctima y partícipe. Al capricho, como estás, de esa mascota que habita tu cabeza y que sólo entiende del aquí y del ahora, del qué comeré esta tarde y en dónde el frío pega menos.

Sentirás nostalgia, sí. Un agregado indefinido de momentos. En tu vago recuerdo, el olor te tendrá aspecto de palabra. Las narrativas se reelaborarán con conceptos menguantes, que se irán desleyendo tras los muchos ciclos de la lavadora del tiempo.

Mientras el futuro se mantendrá terco en su silencio.

Y justo ahora que llueve

El problema con las grandes cosas de la vida es que tienes que hacerlas un martes por la tarde. Y justo ahora que llueve.

Que las decisiones importantes, demasiado a menudo, no vienen precedidas de revelación, prodigio o certidumbre. Y que, aunque así fuera, luego hay que sostenerlas el lunes a las siete quince y -también- la madrugada del sábado.

Vivir te resulta de una continuidad desconcertante.

Porque nunca es así en la narración. Introducción, nudo y desenlace. Presentación, puntos de giro, desarrollo y clímax. Estructurado todo por capítulos muy bien delimitados. Con sus fronteras y finales. O, en todo caso, secuelas. -Las secuelas, de este lado, son cosa bien distinta-.

¿Qué hay entonces de esas inmensidades, vagamente conscientes, que son el caldo principal en que flotas? ¿En qué consiste exactamente integrar los eventos? ¿Cómo se articula la aportación y la pérdida?

Has visto a otros decidiendo resolver. Formular las preguntas y aceptar las respuestas. Atribuir un sentido completo a cada historia y aprender a desprenderse. Construir la narrativa, insertar las piezas que el conjunto requería hasta completar un mecanismo funcional. Aunque nada cambie.

Hoy te preguntas, sin embargo, si es posible hacer lo equivalente cuando se está en el todavía. Cuando la turbulencia.

Al fin y al cabo, sobre un tejido aún vivo,

no es sensato practicar la taxidermia.

Naturaleza de las dudas

Un día, al cerrar la nevera, la encuentras sentada, ahí mismo, en tu salón. Una anciana avarienta, de rostro adusto y mirada opaca.

Instantáneamente la odias.

Pones la tele para mirar hacia otro lado. Si eres capaz de rescatar con carcajadas este día, quién sabe, tal vez desaparezca. No quieres girar siquiera la cabeza. Y hay éxito. La habrás incomodado al ignorarla, porque de ella sólo queda el culo de una ausencia en la banqueta.

Pero ha sabido entrar y temes que su visita no fuera causal. Que pueda volver.

Como así ocurre.

Al segundo día tomas súbita consciencia de que no le importará esperar. Porque tiene tiempo, tiene paciencia. Más que tú en realidad.

Y ha venido a instalarse.

Hace ya tres domingos que se sienta, bajo el marco de la puerta, a ver tu vida pasar. Su mera presencia asfixia el aire. Y justo cuando estás apunto de dormir, un leve chasquido de su lengua invita al sobresalto y de ahí al insomnio. Te incorporas y la cama se hace balsa. Frágilmente, navegarás la noche. Atrapado en una inmensidad que viene desde sus ojos

cetrinos hasta el despertador, rugido de Damocles.

Le plantas cara en silencio. Decides no hacer nada. Porque si el medio de una proyección es el oscuro, el sol sabrá desdibujarla a saetazos. Mientras que si le hablas -es algo que sabes por los libros y los cuentos de fogata-, si la llamas por su nombre, la conjuras. Harás, del holograma, un óleo.

Pero a estas alturas ya sabes que está aquí. Que no se irá como un mal viento.

¿Habrá venido a instalarse?

El día que sigue a otra mala noche, hablas de tus ojeras con esa persona confiable. Te cuesta pronunciar las palabras directas, describir los hechos. Así que vas dejando caer detalle tras detalle sobre la piel de pergamino de sus manos o el dibujo que hace el punto de su chal, el lugar que os roba al oxígeno y a ti. Los que hagan falta hasta que, finalmente, tu interlocutor obra el verbo:

Se ha instalado en tu casa.

Lo dice para descubriértelo. Como si no lo supieras ya. Como si estar dotado de visión fuese elegible.

Vas a tener que sentarte con ella. Pasar las horas. Acompasar la vibración. Conversar.

Quién sabe.

Quizá, su voz vernácula, hable palabras de tus pulmones.

Estacionario

En otras ocasiones, sin embargo, predomina lo continuo.

No es que no sepas que la vida es cambio. Que la disrupción aguarda. O que, si no, cuanto menos, la progresividad. Todo aquello del fósforo de la cerilla o la vela que se apaga.

Pero de alguna manera prevalece, en el sentido, lo estacionario frente a lo transitorio.

No te es casualidad que ocurra justo cuando menos espacios te dejas para la soledad, el aquí y el ahora. Momentos para hacer que el aire fluya denso, nariz, garganta, pulmón profundo. Inspiración que oxigena a su paso, también, tu sistema consciente.

La nunca ya tan niña te manda un cielo en foto, lamentando que no se aprecien los colores. Pero puedes entenderlos. Estuviste ahí. Aunque ya hace tiempo que no vamos.

O la escritura.

Es cierto lo que dicen: un texto sin contexto es un pretexto. Pero, en tu caso, ¿hasta que punto no son tus textos los que generan tus contextos?

Una vez *lo viste claro*.

De existir esa síntesis de sentido, esa forma personal de elaborar la vivencia de los hechos, del entorno, entonces habría motivo para hablar de metabolismo de sentido. Procesos de anabolismo: construir estructura y, tal vez, agrupaciones, niveles superiores de integración del todo, con un coste, una inversión de energía, de la vibración a lo estático. Igual de necesario, por tanto, es su catabolismo. Ruptura de enlaces y ordenación, generación de absurdos. Liberar la energía potencial en movimiento, dinamizar la forma, residuos o vacíos.

De nuevo el equilibrio del fósforo prendiendo y la vela que se apaga.

Sin olvidar nunca la advertencia del poeta,

en mi soledad he visto cosas muy claras que no son verdad.

Ley de vida

Le das la espalda, pero te sigue.

Y, si te giras, será para seguir dándole espalda.

Pero te espera.

Es la única certeza.

Sabes que llegará y te bloquea aventurar un cuándo antes de lo previsto.

Sabes que llegará y te estremece imaginar el cómo. Cual será, en tu caso, el limitante.

Sabes que llegará y te aterra la posibilidad de la agonía,

un dolor empantanado,

o la consciencia.

Hoy lo sabes.

Epílogo

Ulterior

Llegado el momento, para a tomar aire, da un paso atrás, persigue una nueva síntesis de sentido.

Entiende que vivimos en apenas una franja dimensional concreta y turbulenta. Somos orgánicos. Crecemos por los estratos más propicios. Colaboramos para competir por los recursos. No hay opción. Tus células prerracionalmente expresan sus certezas.

Todo cuanto está vivo forma parte del comer y ser comido.

Esto es así.

Siempre.

Simultáneamente.

Somos consumidores. Somos recursos.

Luego seámoslo.

Elije cuidadosamente alimento que desees ser. Propicia el desarrollo de lo valioso. Tu única labor es hacer cuanto sea necesario para que los niños y el ñame crezcan. Aunque tal vez sean ellos quienes nos empujan a envejecer a través del tiempo. Pidiendo su sitio para crecer. Para comer y ser comidos.

Con frecuencia llorarás por las ramas rotas. Vivencias de muerte y de final, la pérdida o el duelo.

Son tan solo un espejismo de lo humano.

Entiende que el mecanismo completo es más sutil. Nada entra ni sale del sistema. Tales episodios son oportunidad de crecimiento. Aunque el equilibrio sea complejo y su dinámica te supere, nada es disociado.

Un orden en el que tú no importas.

Pero un orden.

Cabalarás sobre la flecha del tiempo, adhiriendo experiencias que, luego, adecuarás a este nosotros. Partirás de recuerdos vívidos y falsos para, incesantemente, construir tu narrativa obtusa y verosímil, consolidable en palabras.

Porque te es del todo imposible visualizar el instante futuro más cercano.

Eres ciego al próximo segundo.

Extrañate por ello.

Sólo puedes deslizarte por la pendiente entrópica, dirección a lo aleatorio.

¿Por qué?

Es un juego perturbador, psicopático.

Diseñado estrictamente para equivocarse el paso.

¿Imagina qué crearías si no estuvieses tan lisiado?

Bien pues, haz trampas.

Oberva el porvenir.

El futuro, al fin, es que nada se pierda

nunca.